

**GIMÉNEZ, Enrique (ed.), *El Quijote en el Siglo de las Luces*, Alicante, Universidad de Alicante, 2006, 244 págs., I.S.B.N.: 84-608-0509-3.**

Antonio Calvo Maturana  
Universidad Complutense  
[ajcalvo@ghis.ucm.es](mailto:ajcalvo@ghis.ucm.es)

Transcurrido casi un lustro desde la conmemoración del cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, empieza a ser posible mirar con perspectiva la ingente producción derivada de esta efeméride. Creo que se puede decir ya, sin miedo a equivocarse, que ha sido mucho más que «una ocasión de brindis patriótico, de soberbia gramatical, de obscenas ediciones de lujo»<sup>1</sup>. El libro del que me voy a ocupar es una prueba de ello.

Se trata de la publicación de las conferencias impartidas por diferentes especialistas durante el ciclo “El Quijote en el Siglo de las Luces español”, celebrado en 2006 en la Universidad de Alicante bajo la dirección de Enrique Giménez, editor asimismo de la monografía que nos ocupa. De entrada, podemos calificar como un gran acierto la selección de especialistas que hizo el profesor Giménez, ya que el resultado cumple sobradamente su nada fácil propósito inicial: contribuir al IV Centenario con una obra llena de «aportaciones originales, de gran solvencia e hijas de un alto entendimiento» (p.12).

A pesar de ser una obra firmada por diferentes autores, *El Quijote en el Siglo de las Luces*, consigue presentar al lector una idea de conjunto: el siglo XVIII alumbró la consagración canónica de la novela en España, que pasó de ser considerada un libro cómico, menor, del gusto del pueblo, a la creación cumbre de las letras hispánicas, e incluso un motivo de exaltación nacional española. Durante el siglo, la novela fue reeditada en 44 ocasiones, e influyó directa o indirectamente en un gran número de autores.

Curiosamente, esta consagración le había llegado antes en el extranjero, pero desde España se miraba con recelo la afición de ingleses y franceses a una obra que podían usar para burlarse de las costumbres españolas. Aunque halagos tramposos como el de Montesquieu en su LXXVIII Carta Persa puedan indicar lo contrario, la admiración de

---

<sup>1</sup> Jorge Luis BORGES, “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, en *Ficciones*, Madrid, Alianza, 2005, pág.54.

un gran número de intelectuales europeos por *El Quijote* era sincera, como prueban las importantes ediciones inglesas.

El primer capítulo de *El Quijote en el Siglo de las Luces* lleva la firma de Joaquín Álvarez Barrientos, y supone el punto de partida general del libro. A principios del XVIII, la consideración del *Quijote* era bastante baja, hasta el punto de que Feijoo no había incluido a Cervantes entre sus *Glorias de España*. En 1732 fue reeditado el *Quijote* de Avellaneda, que al hilo de una corriente interpretativa francesa, fue considerado por dos académicos españoles como superior al cervantino. Con argumentos neoclásicos, Montiano y Nasarre intentaron hacer ver que la obra de Avellaneda era más verosímil, de mejor gusto, más aconsejable moralmente y más española. Este curioso intento de dos intelectuales oficiales, de desbancar al *Quijote* cervantino fue a todas luces contraproducente, pues produjo una reacción intelectual a su favor; «Avellaneda, a su pesar, colaboró en el proceso para convertir a su enemigo en el “escritor nacional” por excelencia que hoy es» (p.35).

A esta evolución contribuyó no poco el prólogo que Gregorio Mayans hizo a la edición londinense de 1737, del que se ocupa, sobre todo, Antonio Mestre. La *Vida de Cervantes*, que añade a la biografía del alcaíno un análisis de su principal obra, abrió las puertas del prestigio académico del *Quijote* en el Siglo de las Luces, convirtiéndolo en una de las pocas obras en las que los intelectuales dieciochescos se plegaron al gusto popular. Mayans sentó las bases de la interpretación dieciochesca del *Quijote*, que décadas más tarde (en 1780) recogería Vicente de los Ríos. Compuesta apresuradamente, la *Vida de Cervantes* fue la obra más popular del erudito. Mestre recoge la estupefacción (muy actual) de Mayans ante el éxito del menos elaborado de sus textos: «No ai tal cosa como escribir sobre asuntos populares» (p.222). Durante el resto de su vida, Mayans mantuvo el interés por Cervantes y su obra, recogiendo información que completase su trabajo.

El siguiente paso en este viaje por el XVIII lo da la hispanista Françoise Étienvre, repasando con gran solvencia las “Lecturas postmayansianas del *Quijote*” hasta el final del siglo. En este capítulo podemos seguir los efectos del interés que Mayans había despertado por esta novela. Intelectuales de las siguientes décadas (incluidos los “avellanistas” Montiano y Nasarre) se dedicaron a investigar sobre Cervantes. En el siglo XVIII se hallaron documentos relacionados con su vida; hasta entonces, no se sabía cuándo ni dónde había nacido el Manco de Lepanto. El propio *Quijote* fue objeto de investigación gracias a la primera edición anotada (la del extraordinario inglés

Bowles en 1781, que aprendió español sólo para hacer ese trabajo) y la primera española (la de Pellicer en 1797-1798). Étienvre cierra su trabajo recogiendo una serie de visiones del *Quijote* a finales del XVIII y principios del XIX, cuando el estudio y la exaltación de esta obra empiezan a considerarse una «causa nacional».

De todas las lecturas postmayansianas, la más influyente fue la que el militar Vicente de los Ríos hizo en el prólogo a la edición de la Academia en 1780, estudiado en profundidad por Antonio García Berrio. Como teórico de la literatura, el profesor García Berrio identifica en el *Juicio Crítico o Análisis del Quijote* los comentarios más visionarios o modernos de su autor. De los Ríos recoge el testigo de lo apuntado por Mayans y defiende con pasión la grandeza del *Quijote*, situándolo como la mejor obra escrita en castellano, a la que además encumbró poética y estéticamente con su «resuelta valoración del *Quijote* al supremo nivel de las epopeyas homéricas» (p.110). De los Ríos tuvo cierta intuición al percibir el simbolismo y el trascendentalismo de una narración que es mucho más que una sátira de las novelas de caballería, lo que no quita que –como Mayans– se perdiera en discusiones sobre la verosimilitud del libro y sus imprecisiones cronológicas y geográficas.

Efectivamente, no se puede exigir a estos autores neoclásicos que fueran pioneros como para anticiparse a la interpretación romántica del XIX, la que destapó la interpretación simbólica y trascendental del *Quijote* que ha llegado hasta nuestros días. Sin embargo, la recepción decimonónica fue facilitada por todos estos autores de dentro y fuera de la Monarquía Hispánica, que en las décadas anteriores habían hecho del libro un clásico literario.

Cronológicamente hablando, el último hito dieciochesco que se estudia en la monografía (que presenta los estudios por orden alfabético de autores) es el ensayo del marino Alejandro Malaspina, analizado por Darío Manfredi. A pesar de los estudios de Mayans y De los Ríos, algunos intelectuales de finales de siglo siguieron cuestionando las virtudes del *Quijote*, al menos hasta los niveles de excelencia a la que los dos autores mencionados lo habían exaltado. Uno de ellos fue Malaspina, que en su *Carta crítica sobre el Quixote y la Análisis escrita por Vicente de los Ríos* –un texto que estuvo casi dos siglos inédito– criticó abiertamente aquel prólogo de 1780. Manfredi hace un repaso por el periplo que llevó al italiano al exilio, donde escribió esta obra, quizá a petición de algunos académicos críticos con la visión apologética de Vicente de los Ríos.

Resulta especialmente amena la aportación del lexicógrafo Pedro Álvarez de Miranda sobre “La estela lingüística del *Quijote*”. El autor saca una instantánea del

lenguaje castellano en el XVIII conectándolo con el de la obra cervantina y con el actual. En este capítulo podemos descubrir los neologismos y refranes que la novela incorporó al castellano, así como los que se perdieron con el tiempo y los elementos apócrifos que hoy día atribuimos a Cervantes y que no aparecen en la novela. Un testimonio más del gran legado del alcalaíno.

Para terminar esta reseña de *El Quijote en el Siglo de las Luces*, es justo añadir que la mayoría de los capítulos, por su extensión, su interés y su redacción, se leen con gusto, lo que hace la obra igualmente accesible a especialistas y aficionados. Otra gran virtud de esta monografía es que puede interesar a numerosos investigadores; me refiero a filólogos y a historiadores, cervantistas y dieciochistas, ya que nos encontramos ante una obra que hace aportaciones sobre el *Quijote* y sobre la cultura del Siglo de las Luces. Puedo decir que he aprendido y disfrutado con la lectura.

Sólo queda esperar que la investigación sobre este gran clásico en el siglo XVIII no se detenga aquí; y, a buen seguro, no lo hará. En el prólogo a su edición del *Fray Gerundio*, E. Rodríguez Cepeda analiza los paralelismos entre esta obra y el *Quijote*. La obra de Isla, de claras influencias quijotescas, fue uno de los libros españoles más leídos en el siglo XVIII, tanto dentro como fuera de España, pero hoy día ha perdido toda vigencia. Nada comparable a la «referencia universal»<sup>2</sup> de las andanzas del *Ingenioso hidalgo*, que han mantenido un diálogo de cuatrocientos años con sus lectores. Como escribió el borgiano Pierre Menard, desde la publicación del *Quijote* «han transcurrido trescientos años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo Quijote»<sup>3</sup>.

La gran obra de Cervantes sigue viva gracias la genialidad del alcalaíno, pero también a la existencia de lecturas y lectores, que en otras épocas y contextos han seguido insuflando vida a la obra, manteniéndola presente en nuestro imaginario. Los historiadores tenemos nuestra cuota de responsabilidad en ese proceso, y no debemos renunciar a ella. Libros como el editado por Enrique Giménez o hallazgos como el reciente de Fernando Bouza (que encontró en el Archivo Histórico Nacional el expediente de impresión de la obra<sup>4</sup>), apuntan claramente en esta dirección.

---

<sup>2</sup> Enrique RODRÍGUEZ CEPEDA, “Introducción”, en José Francisco ISLA, *Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, Madrid, Cátedra, 1995, pág.43.

<sup>3</sup> BORGES, op.cit., págs. 50-51.

<sup>4</sup> Fernando BOUZA, “El primer lector del «Quijote»”, *ABCD: Las Artes y las Letras*, 846 (19 de abril de 2008).